

## ***La Enseñanza de la Iglesia***

*“¡La gracia de Nuestro Señor Jesucristo, y el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo esté con todos!” (2 Cor 13:13)*

Como Cristianos, tenemos que recordar que el misterio fundamental de nuestra fe que Dios nos ha revelado es su propia vida trinitaria. Hay un solo Dios pero tres Personas. Cada Persona Divina es distinta y tiene una relación distinta con cada una de las otras Personas Divinas. Aun así, las Personas Divinas son una en naturaleza y dignidad. Padre, Hijo y Espíritu Santo unidos en una comunión de amor divino, actúan en unidad el uno con el otro. Esta comunión de las Personas Divinas con sus distintas identidades personales y sus relaciones, iguales en naturaleza y dignidad, forman el fundamento del plan que Dios tenía en mente al crear a los seres humanos.

Dios en su plan original creó al hombre y la mujer, distintos en personas y en relaciones, pero de la misma naturaleza y dignidad. Nuestros padres originales debían fundar una raza humana que pudiera vivir en armonía en respuesta al deseo de amor del Padre y su voluntad para ellos (Gn 1:28-30).

Pero algo malo sin lugar a dudas sucedió al principio. El rechazo de nuestros primeros padres a responder a lo que Dios les estaba pidiendo sumió a toda la raza humana a resistir el plan amoroso de Dios (Gn 3:1-24). Este pecado original causó un estado de alienación de Dios de parte de los pueblos, las lenguas y las culturas como también de unos a otros (Gn 11:1-9). Todas las generaciones subsecuentes nacieron en este estado. El pecado original por tanto ha sumergido nuestras mentes en la oscuridad, debilitado nuestras voluntades y dividido nuestros corazones.

En respuesta a esta trágica situación, el Hijo de Dios aceptó la misión del Padre de convertirse en hombre, vivir entre nosotros, sufrir, morir y resucitar (cfr. Jn 1:1-18). Al realizar esto nos liberó de la culpa del pecado original, pero no eliminó todos los efectos del pecado original. Es ahora nuestra responsabilidad aceptar la gracia de la redención, y en cooperación con Dios, revocar el poder del impacto continuo del pecado (cfr. Rm 8:1-13).

En Cristo Jesús, el Padre nos ha acogido de nuevo y nos ha adoptado como hijos e hijas, hermanos y hermanas del Señor y los unos de los otros. La redención ha restaurado la dignidad original dada en la creación de Dios y la ha elevado sin medida. El don redentor del Espíritu Santo, por consiguiente, nos urge a amarnos los unos a los otros como Cristo nos ha amado.

Como miembros de su Iglesia, proclamamos ser discípulos de Jesucristo. Por la gracia sacramental podemos “ejercer la misión que Dios ha encomendado a la Iglesia a cumplir en el mundo.”<sup>2</sup> Consecuentemente, tenemos que participar del plan de Dios para que la Iglesia pueda experimentar el sacramento universal de salvación. Como Iglesia Eucarística, somos llamados a reflejar en nuestras vidas el amor redentor universal aceptando su llamado urgente a la comunión con Él y los unos con los otros en Él.<sup>3</sup> La Eucaristía nos reta a vivir lo que proclamamos (cfr. 1 Jn 3:1-24).

La enseñanza más significativa del cuerpo de la Iglesia sobre la justicia racial se ha basado en las enseñanzas del Concilio Vaticano Segundo. En 1979, los Obispos Católicos de los Estados Unidos, gracias al liderazgo del Obispo Joseph Francis,<sup>4</sup> publicaron una carta pastoral titulada “Hermanos y Hermanas para Nosotros”. Los obispos dijeron en esa carta: “El racismo es el pecado que dice que algunos seres humanos son inherentemente superiores y otros esencialmente inferiores debido a su raza.”<sup>5</sup> En 1988, la Santa Sede publicó el documento, *La Iglesia y el Racismo*, en el cual se reiteró la declaración de la Convención de las Naciones Unidas de 1965 que decía: “Cualquier doctrina de superioridad basada en las diferencias entre las razas es científicamente falsa, moralmente condenada, y socialmente injusta y peligrosa.”<sup>6</sup> Ambos el Catecismo de la Iglesia Católica y *El Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia* presentan las mismas enseñanzas.<sup>7</sup> Los obispos Católicos de Luisiana, en 1997 declararon: “El racismo es la teoría o práctica que asume que una raza o una procedencia étnica es superior a la otra. Esta niega la igualdad en dignidad de todos los miembros de la familia humana.”<sup>8</sup> A pesar de todas estas enseñanzas, todavía quedan retos significativos que debemos confrontar hoy en día.